

CAPITULO XVI.

Los dos amigos.

El toque de ánimas sonaba en el convento de San Diego, en la Parroquia de la Sta. Veracruz, en Sta. Isabel y Corpus-Cristi, templos que se destacan en las cuatro calles que rodean la frondosa Alameda de México. La luna, en su plenitud, bañaba suavemente el espeso ramaje de los corpulentos árboles, cuyas tupidas copas se mecían al impulso de un ligero viento, como una flotante nube cobijando el misterioso recinto de las Driadas y de las Napeas. En un nicho colocado en la parte exterior del hospital de San Juan de Dios, asilo santo de la caridad, se vela la milagrosa imagen de

un San Antonio de piedra, alumbrada por la moribunda lámpara que la piedad y la devoción le dedican, y ante la cual se descubrían la cabeza, con religioso respeto, las pocas personas que de vez en cuando atravesaban la solitaria calle. Aun cruzaban la atmósfera los penúltimos ecos del sonoro metal de las campanas, cuando dos hombres, que marchaban juntos, se detuvieron en la esquina de la oscura plazuela de la Santa Veracruz.

—Aquí estamos perfectamente:—dijo uno de ellos:—amparados por las sombras, le veremos llegar sin ser vistos, y le sorprenderemos.

—Si; este es el sitio mas á propósito:—contestó el otro.—Pero no habrá pasado ya?

—No; estoy seguro; aun tendremos que esperar algunos instantes.

—En ese caso, ocupémoslos hablando de las hermosas que han concurrido al día de campo, pues así pasará con mas rapidez el tiempo.

—Me parece que alguna de ellas se ha llevado un pedazo de tu corazón.

- Dí mas bien que se lo ha llevado entero.
- Lo he conocido.
- No es extraño.
- Y aun te puedo decir quién es.
- Véamos.
- María.
- La misma.
- Hace mucho tiempo que he leído en tus ojos la pasión que le consagrás, á pesar de tu reserva.
- ¿Reserva? no: varias veces te he dicho que me gusta.
- Pero no que la amas; y de gustar á amar, hay una distancia notable.
- Pues bien, Miguel, es cierto: la hermosura de tu simpática prima me tiene cautivado: es el tipo mas seductor y perfecto que he visto en mi vida.
- ¿Tanto te agrada, Enrique?
- Sí; con ella me consideraría el mas feliz de los hombres. Es la exacta copia de los ángeles; como ellos pura, y como ellos tambien aérea y celestial.
- ¿Dichoso tú que puedes revestir los ob-

jetos que te rodean, con el brillante ropaje de una ilusión no desvanecida!... ¡Dichoso tú que no has analizado las cosas que exaltan tu imaginación, porque así no has podido ver sus miserias, su fealdad y su repugnante esencia!

—Objetos hay, Miguel, que cuanto mas se examinan, mas bellezas descubren que no se pueden notar al primer golpe de vista.

—Sí; pero esas bellezas están escondidas entre millares de defectos que de lejos te deslumbraron. Desengáñate, Enrique: el análisis es la tumba de las ilusiones: la imaginación vuela mas allá de la realidad y de lo posible. Las obras mas exquisitas de cuanto admiramos en la naturaleza, descubren lunares que las vuelven horrorosas, si se colocan bajo el dominio del severo microscopio analítico. Acércate á ese plateado mar que de lejos remeda un inmenso y tranquilo espejo, donde se dibuja el inmenso cielo con todos sus astros, y te sobrecojerás de espanto al escuchar los imponentes rugidos de sus brillantes olas, que alzándose cual inmensas montañas, amenazan

tragarte y sepultarte en sus profundos senos. Aproxímate á ese espesísimo bosque poblado de gigantescos árboles todos lozanos, cubiertos de verde y fresco follaje, formando con sus anchas copas una vistosa bóveda flotante que no puede penetrar el sol, y descubrirás carcomidos troncos, raquíticos arbustos, repugnante maleza, tronchadas ramas y secas y podridas hojas. Remóntate á ese nubífero pabellon que sobre nuestras cabezas oscila mansamente, como una cortina de luciente gasa al soplo ténue de las áuras; examina los miríficos matices de oro, plata y azul con que lo visten los moribundos rayos del sol que, al descender al ocaso imita en las transparentes nubes mil figuras de fantásticas formas, y solo encontrarás húmedas sombras, vapores impalpables, miseria, nada. El pabellon, los magníficos matices y las fantásticas figuras que te deslumbraron, desaparecerán como las venturas de un delicioso ensueño. Acércate á esa bellísima jóven de faz angélica, mas hermosa que las hurís del Profeta, bella como el recuerdo del bien perdido; tierna como las

flores al primer albor de la mañana, de dulce mirada, de seductora sonrisa, de encendidos y frescos labios, de grandes y negros ojos, donde se ve brillar la luz de la inteligencia, del cariño, del amor mas puro.... Acéreate, repito, á esa mujer que divinizas y que la juzgas digna de habitar las regiones celestiales; á ese cándido sér de seductoras formas que finge la mente lleno de interesante pudor, de angélica ternura y de invariable corazon.... Pero no; detente, si no quieres destruir todas esas ilusiones que forman la felicidad del hombre: no la examines de cerca, si no quieres que se destruya el encanto con que la habia engalanado tu ardiente imaginacion: contéplala de lejos, yo te lo aconsejo: acercarnos á la mujer á quien hemos revestido de una pureza ideal, es profanar la divinidad creada en nuestra mente; matar nuestros encantos; destruir nuestras risueñas ilusiones; humanizar el idolo á quien rendiamos religioso culto; hallar un sér con todas las miserias de nuestra miserable raza, donde esperábamos encontrar un impecable querubin, libre del

orgullo y de la debilidad que dominan en el corazón humano.

—¿Y colocas á María en el número de las mujeres de sentimientos vulgares?

—No; la coloco en el número de las que el mundo denomina ángeles; en el número de las que el hombre, pródigo en alabanzas, señala como modelos de virtud; en el número en que se encuentra tu adorada hermana; y tú sabes que Luisa, esa mujer en quien yo creía, como se cree en el amor invariable de una madre, destruyó todas mis lisonjeras esperanzas de felicidad, porque no tuvo toda la fortaleza de alma de que yo me la figuré dotada, para resistir al mandato de su moribundo padre, que iba á labrar su desgracia y la mía.

—¿Y por qué no olvidarla?....

—Mas fácil es que las aves olviden su vuelo, el avaro el arca donde tiene guardado su tesoro, y la tierna madre el fruto querido de su primer amor, que yo á la mujer que amo con todas mis potencias.... Pero dejemos esta conversacion, que tanto

mal me hace, y adelantémonos hácia la casa de Fernando.

—No, esta es la calle única por donde tienen que pasar los que van de San Fernando al centro de la ciudad, y el rumbo que debe traer mi hermano político.

El bulto de un hombre que se acercaba se dejó ver de repente.

—Retírate un poco, Miguel, dijo Enrique; pues, si no me engaño, es Fernando el que se acerca.

Miguel se retiró al fondo de la oscura plazuela, y su amigo permaneció esperando.

El hombre, cuyo bulto habian visto á lo lejos, llegó adonde estaban Enrique, y al conocerle, exclamó alargándole la mano.

—¿Tú por aquí, Enrique?

—Ya lo ves.

—¿Estás esperando á la señora de tus dulces pensamientos?....

—Nada de eso: iba á hacer una visita á un amigo que vive aquí cerca; pero ya que he tenido la dicha de encontrarte, prefiero ir en tu compañía.

—Siento no poder dedicar este momento

á pasearme contigo: precisamente me acaba de enviar un recado urgente el marqués de B.... persona de quien he recibido distinguidos favores y....

—Si es así, no digo nada.

Bien sabia Enrique que Fernando buscara alguna disculpa para desprenderse de él, y por lo mismo se habia ofrecido á acompañarle. El esposo de Luisa, para quien sin duda los momentos eran urgentes, volvió á alargar la mano á su cuñado para despedirse de él. Esta impaciencia hizo que Enrique fijara sus ojos en el vestido que Fernando llevaba. Su imaginacion, herida como estaba ya, por la sospecha que de su incalificable conducta albergaba, le hizo ver en este momento, lo que nunca hasta entonces habia llamado su atencion; esto es, el modo raro con que generalmente se vestia de noche. Efectivamente; su ropa, aunque cortada á la moda, tenia un no sé qué de extraño, que llamaba la atencion del hombre pensador. Algunas veces se presentaba con todo el vestido de un azul oscuro y el chaleco blanco: otras vice-versa, negro éste

y blanco aquel; y con bastante frecuencia de rigoroso luto.

La noche en que nos encuentra nuestra historia, llevaba un traje singular en todas sus partes. Componiase de una levita corta de casimir rayado con grandes botones negros; pantalon del mismo género; chaleco de raso negro, corbata encarnada, y sombrero de paja muy fino con una ancha cinta negra que remataba en un gracioso lazo.

Fernando, que advirtió la curiosidad con que Enrique examinaba su vestido, trató de cortar la conversacion, y se despidió á poco, tratando de disculparse, por no poder admitir su compañía.

—¿Miguel?

Gritó Enrique cuando se alejó su cuñado, llamando á su amigo que habia permanecido durante el diálogo en el fondo de la plazuela.

—¿Qué hay?

Dijo Miguel, acercándose adonde estaba Enrique.

—Que ahora mas que nunca estoy empeñado en descubrir la verdad.

—Pues, ¿qué has sabido?

—Nada; pero sígueme, que Fernando se va alejando demasiado.

—Estoy á tus órdenes. Marchemos ya que tú te empeñas en seguir sus pasos.

Y los dos amigos violentaron el paso para no perder de vista á Fernando que trataba, al parecer, de ganar el tiempo que habia perdido hablando con su cuñado.

CAPÍTULO XVII.

El secreto.

Enrique y Miguel seguian á Fernando á distancia conveniente para no ser vistos.

La noche era clara como lo son las noches de luna bajo el limpio cielo de Mexico.

Esta circunstancia les era contraria á los primeros que, para no ser vistos del último, se veian obligados á no seguirle tan de cerca como hubieran deseado.

Fernando, á quien ninguna de estas consideraciones detenian, caminaba tan aprisa, que atravesaba ya el espacio que média de la esquina de la Mariscala á la calle de San Andrés, cuando aun los otros no pasaban del templo de la Santa Veracruz.